

Tras los pasos de George W. Bush o el discreto encanto de una gran estrategia

Angel Viñas*

Gran estrategia: en una acepción amplia, dicese de un plan de acción omnicomprendido, basado en la relación calculada entre los medios disponibles y los amplios objetivos perseguidos. [Tomado del seminario de postgrado en historia internacional, diplomática y militar de la Universidad de Yale (1)]

En los años en los que responsabilidad de Gobierno correspondió al presidente José María Aznar se produjo un giro copernicano en la política exterior que España había ido forjando tras la dictadura franquista. Se plasmó en la alineación, férrea y sin fisuras, con la Administración Bush. Se ejemplificó espectacularmente de cara a la intervención militar en Irak. No se hizo en solitario. Tony Blair se comprometió mucho más. Soldados británicos participaron en primera línea en los combates y pagaron un precio no desdeñable.

La alineación de Blair cristalizó, en una versión peculiar, la gran estrategia exterior británica, basada en la noción de que entre Washington y Londres existe una “relación especial”. Se fundamenta en la historia, en la sangre vertida en dos guerras mundiales y en los esfuerzos desplegados contra el enemigo común en la guerra fría. Permite al Reino Unido jugar un papel muy superior al que se derivaría de sus propios recursos e incluso pesar con peso propio, se dice, a orillas del Potomac. Hay, desde hace tiempo, un fuerte debate sobre la corrección de tales aserciones. No faltan diplomáticos británicos (2) que cuestionan algunos de sus principios y ligan más bien la alineación blairita con la dependencia estructural en la que en los últimos años ha caído el Reino Unido en lo que se refiere a poder desarrollar actuaciones autónomas que no sean del agrado de Washington, algo que no ocurre en el caso de Francia. Con todo, la actuación de Tony Blair no resultó demasiado sorprendente. La del Sr. Aznar, sí. En este artículo se intentará argumentar que no hubiera debido sorprender tanto porque estaba basada, también, en una “gran estrategia” española previa perfectamente identificable.

Ante el público la decisión se justificó por, entre otros motivos, la necesidad de defensa contra la omnipresente amenaza terrorista y la de eliminar los arsenales iraquíes. España contribuía así a salvaguardar valores comunes. La acción emprendida por Estados Unidos no era

*Autor de En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995), Editorial Crítica, Barcelona, 2003.

algo de naturaleza muy diferente a la lucha contra un terrorismo interno. Las dudas sobre la legalidad de una intervención militar exterior, que no pudo lograr un respaldo explícito definitivo del Consejo de Seguridad y que tantos ríos de tinta generaron en el resto de la Unión Europea, no parece que penetraran en La Moncloa. Tampoco en las apretadas filas de diputados populares que respaldaron unánimemente el giro gubernamental.

Mucho más tarde, tras el trauma ocasionado por la pérdida del Gobierno, aparecieron noticias sobre dudas internas con respecto al “hiperliderazgo” aznariano y a su “sobredosis atlantista”. Uno de los reproches que, al parecer, se ha hecho al Sr. Aznar desde su propia familia política es que la actuación en el tema de Irak “nunca ha sido explicada dentro del Partido Popular, pese a los desgarros que suscitaba” (3). Desde fuera del PP, la crítica fue abierta, severa y consistente. Ante ella, y como hizo de cara a sus correligionarios, tampoco el entonces presidente pasó de afirmaciones de índole general, presentadas con la fuerza de dogmas de fe, que no convencieron a ningún partido de la oposición ni a grandes sectores de la opinión pública española.

Después de su salida de La Moncloa, el Sr. Aznar ha proporcionado algunas claves que arrojan cierta luz sobre su giro. La ocasión más próxima al día en que se redactan estas líneas fue su intervención en Navacerrada el 5 de julio de 2004 en la apertura del curso de verano de la fundación del PP que preside. En este artículo se toma como punto de partida una de sus afirmaciones: “*la política sólo merece la pena si se apoya en ideas*”. Con todo, habría que apostillar que no conviene dejar de lado la puesta en práctica, no en vano el camino del infierno está empedrado de las mejores intenciones. Tampoco cabe olvidar la no desdeñable cuestión de los intereses. ¿Quién gana, cómo, cuánto y porqué?. De todas maneras, a efectos analíticos, aquí sólo se abordarán las ideas identificables en los esfuerzos que el ex presidente despliega para que “*los ciudadanos se formen criterio propio*”. Evidentemente, los ciudadanos sólo podrán formárselo analizando las argumentaciones públicas y no las elaboraciones de gabinete o los eventuales planes de altos vuelos que se plasmen en documentos internos.

En la intervención del Sr. Aznar destacan tres ideas positivas y una negativa. La primera es que para no ser europeístas “*de retórica vacua*”, es preciso ante todo “*ser atlánticos*”. Es, en la opinión de quien esto escribe, la más significativa. Cabría, quizá, precisar que ni siquiera Blair, cuya política hacia la Unión Europea no ha demostrado ser un ejemplo señero de europeísmo militante, ha llegado a tanto. Uno puede ser europeísta, admirar grandemente a Estados Unidos y aborrecer, como hacen numerosos norteamericanos, a una clique dirigente

ultraderechista que no ha dudado en manipular, con frecuencia toscamente, el profundo patriotismo de sus conciudadanos. La del Sr. Aznar es una afirmación que no tiene porqué lograr consenso. Es verdad que lo que es hoy la Unión Europea ha crecido y se ha desarrollado tras el escudo de la OTAN, amparado en el compromiso norteamericano de la defensa contra el común enemigo bolchevique. También es verdad que previamente Estados Unidos había prestado una contribución esencial a la “cruzada” (Eisenhower *dixit*) para liberar a una parte de Europa del yugo impuesto por dos de los grandes valedores del general Franco. Pero ello no tiene porqué llevar a ser, **ante todo**, atlánticos para ser excelentes europeos.

La segunda idea es que *“si queremos pensar Europa no podemos dejar de reflexionar sobre cómo mejorar la imprescindible cooperación atlántica”*. Son escasos los políticos y responsables gubernamentales en Europa que negarán la necesidad de mantener una excelente cooperación entre las dos orillas del Atlántico. El problema es cómo adaptar esa necesidad a la lotería de un Gobierno como el del presidente Bush que no dudó en erigirse en juez y parte; que se puso el derecho internacional por montera; que sólo hizo flexiones tácticas cuando su aventura iraquí se encalló en previsibles, aunque no previstas, dificultades; que se regodeó en las discrepancias intraeuropeas cuando no las atizó entre bastidores; que parece perseguir objetivos estrictamente particulares (si no inconfesables) a base de medidas de corte unilateral y que ha acentuado hasta límites insospechados algunas de las fracturas que recorren su propia sociedad.

La tercera idea es que la mayor amenaza de nuestro tiempo es la terrorista, dirigida *“a todos los que no estamos dispuestos a plegarnos a los delirios totalitarios de grupos fanáticos”*. Nadie discute la seriedad y urgencia del problema. La cuestión es cómo abordarla eficientemente. Podría pensarse, por ejemplo, y muchos lo han hecho, que invadir Irak, cuyo detestable régimen no había tenido nada que ver con el “9/11” neoyorkino, no constituía necesariamente el mejor enfoque. Desde el primer momento hubo dudas (que no afloraron en el caso de Afganistán, reducto proclamado de Al-Qaeda). Las investigaciones oficiales norteamericanas y numerosos testimonios de personas con acceso a los círculos del poder en Washington, antes de que el ex presidente español aireara sus certidumbres, no han hecho sino corroborarlas. Sorprende que nada de ello haya cuarteado la fe incommovible del Sr. Aznar en la Administración Bush y en sus proclamados objetivos de libertad para los iraquíes, fuera –eso sí- de un marco operativo creíble que tenga en cuenta las incidencias del conflicto palestino-israelí y, en particular, los efectos del comportamiento del Gobierno de halcones de Sharon. La cuestión de hasta qué punto deba Europa compartir el etnocentrismo de

la Administración Bush o la influencia de los fundamentalistas pro-israelíes, cristianos o no, sobre la misma no es algo que admita una lectura unívoca.

En su marco de certidumbres y mensajes positivos el ex presidente introduce una noción negativa. La idea de que el Gobierno socialista ha venido obrando –horror de los horrores- de manera tal que, ni más ni menos, “*se ha destruido la alianza internacional que nos permitía sentirnos seguros*”. Esto, a los cuatro meses del 11-M y en plena polémica sobre las decisiones gubernamentales antes, en y después de los atentados terroristas en Madrid, parece un poco fuerte.

En opinión de quien esto escribe las cuatro ideas públicamente mencionadas ilustran los contornos de un borroso modelo de política exterior y de seguridad que identifica la amenaza interna y la externa bajo una categoría central: el terrorismo, ya sea el etarra o el islamofundamentalista. Para lidiar con esta amenaza, un requisito imprescindible es una fuerte voluntad nacional, **conformada lo más cercanamente posible a los planteamientos propios**. De aquí el énfasis en los peligros del “*secesionismo político*”, que alimenta y/o justifica “*el terrorismo separatista*”. En el plano internacional la alianza esencial, clave, que por ningún concepto debe debilitarse es la relación con la Administración Bush. El anclaje en Europa, el “*européismo*”, que “*forma parte de toda la realidad política española*”, no es algo que quepa en modo alguno contraponer a la vertiente “*atlántica*”. Para el Sr. Aznar, no es posible ser europeísta si uno no se empeña, de todo corazón, con unos Estados Unidos que, dirigidos por el presidente George W. Bush, aspiran a salvar al mundo de los peligros que penden sobre la supervivencia colectiva (4).

Podría pensarse que el giro aznariano estuvo determinado por la respuesta a los atentados terroristas del 11-S. Sin embargo, un análisis algo menos superficial permite identificar otros antecedentes. La estrategia tendente a hacer de España un “*socio privilegiado*” de Estados Unidos atribuye una serie de funcionalidades muy precisas a la conexión con la gran potencia líder. Sustitúyanse “terrorismo” por “comunismo” y el antídoto al “secesionismo” por “la unidad inquebrantable de los hombres y de las tierras de España”, manteniendo a la vez la relación con Estados Unidos en la más elevada cúspide de las opciones estratégicas exteriores españolas. ¿Qué aparece entonces?: ni más ni menos que la plasmación actualizada, tras el velo de Europa y el anclaje en la OTAN, de ese encanto que en algunos sectores de la derecha española suscita todavía lo que fue la esencia del modelo de política exterior durante el franquismo.

En las dos épocas históricas, y desde la perspectiva de los círculos del poder gubernamental, la conexión con Estados Unidos ejercería en efecto ciertas funciones altamente deseables y cuya conjunción no podía ofrecerla ninguna otra combinación alternativa. A saber:

- En ambas se aspiró a captar recursos no disponibles internamente para transvasarlos a la lucha contra el enemigo común. En el franquismo se trató de recursos cuantificables y que se han cuantificado. En el segundo caso de recursos informativos y de inteligencia sobre los que abundan los rumores. En este artículo se presupone, sin embargo, que han existido.
- En ambas se deseó contribuir a la modernización de los servicios más relevantes. En el franquismo fueron las FAS (5), aunque los norteamericanos nunca estuvieron dispuestos a ir más allá de un cierto límite. Lo que España necesitaba, afirmó el propio presidente Eisenhower, era un “pequeño ejército eficiente”. En el segundo caso fueron los mecanismos de inteligencia, aunque por lo que se ha sabido de los trabajos de la comisión parlamentaria sobre el 11-M su utilización no parece que fuese algo que pueda cerrar las puertas a la controversia.
- En ambas se pretendió poner al día los planteamientos doctrinales. En el franquismo mediante la inserción de la amenaza externa en unas FAS que tenían encomendada la disuasión última del enemigo interior, el importante. En el segundo caso mediante el espaldarazo al concepto de “acciones de carácter anticipatorio” à la *Bush* (discurso del Sr. Aznar ante la cúpula de las FAS, El País, 21 y 22 de octubre de 2003). Sorprende, no obstante, que el profundo desprestigio que se ha desprendido de la aplicación de la estrategia norteamericana al “ejemplo” de Irak no haya tenido el menor reflejo en el discurso de Navacerrada.
- En ambas se quiso generar efectos de prestigio derivados del abrazo de la potencia hegemónica occidental. En el franquismo para sortear la frialdad que rodeaba al régimen en el exterior. En el segundo caso para jugar el juego de una política de potencia que no permiten, de por sí, los recursos propios movilizados. [El idioma inglés, más rico en este caso que el castellano, utiliza al efecto expresiones tales como “*posturing*”, “*grandstanding*” o, simplemente, “*punching above one’s weight*”].
- En ambas se intentó lograr el acceso a círculos de los que España no formaba parte. En el franquismo se trató de un amplio abanico que iba desde Naciones Unidas hasta la Comunidad Económica Europea y la OTAN. En el segundo caso se ha mencionado, vagamente, el G-8.
- En ambas se ocultó ante la opinión pública la ligazón, con lo cual se evitaba la posibilidad del desprestigio si tales objetivos no llegaban a materializarse. En el franquismo Estados Unidos nunca

- pudo forzar la mano de sus aliados en la OTAN ni mucho menos la de los miembros de la Comunidad Europea. En el segundo caso tampoco podría, verosímelmente, forzar la voluntad de Alemania y Francia, cuya aquiescencia sería necesaria. No se avanza hacia el consenso a base de patadas propinadas a quienes tienen que dar su visto bueno ya que el G-8 es un club informal, no una organización con requisitos objetivos de admisión.
- En ambas se partió de una profunda desconfianza respecto al vecino norteño y, sobre todo, del deseo de reducir su influencia en España. En el franquismo se le culpaba de esparcir ideas disolventes de la tan cacareada democracia orgánica. En el segundo caso se imputó a Francia haber ejercido una acción de dominio casi secular sobre la política exterior española. Es como si la debilidad de España, incluso durante la Restauración, por alguno de cuyos eximios políticos tanta admiración siente el Sr. Aznar, no hubiese tenido nada que ver en ello.
 - En ambas se utilizó la conexión con Estados Unidos para reforzar las posiciones políticas de cara a la frontera sur, oscureciendo los errores propios y, sobre todo, la posibilidad de desarrollar acciones de “*constructive engagement*”, que poco se avenían con el nacionalismo agrio que se esgrimía de cara a la galería interior. En el franquismo los diplomáticos españoles eran conscientes de que Washington (el gran disuasor a cuyos brazos se había echado el régimen) no querría verse involucrado en un conflicto bilateral pero contaban con una eventual mediación, si se llegaba a una situación de emergencia. En el segundo caso el manejo del teléfono por parte del secretario de Estado Colin Powell contribuyó a desactivar el incidente del islote Perejil (6), sin entrar en las causas y concatenaciones que llevaron al mismo.
 - En ambas se utilizó mucho más la retórica y la alineación en términos meramente políticos y diplomáticos que la asignación pura y dura de recursos financieros y operativos que no fueron nunca demasiado abundantes. En el franquismo se asumió conscientemente un papel de *free-rider*, “chupando rueda” en la contribución a la seguridad colectiva. En el segundo caso el volumen de recursos destinados a defensa apenas si experimentó variación, al menos no hasta el extremo de incidir en el porcentaje del PIB situado invariablemente en la diminuta cota del 1,3% (7).
 - En ambas hubo que bregar un tanto ante la opinión pública para justificar las decisiones. En el franquismo se acudió a la figura retórica de que si había que bailar con alguna potencia extranjera, por lo menos que fuese con la más importante. En el segundo caso las invocaciones a la necesidad de crear un vínculo “especial” con la única potencia hegemónica han sido constantes.
 - En ambas se tomaron las decisiones esenciales en la soledad de los despachos presidenciales. En El Pardo o en La Moncloa. En los dos

casos el Ministerio de Asuntos Exteriores quedó relegado al papel de mero ejecutor técnico. En ninguna de las dos épocas el aparato diplomático experimentó muchas otras modernizaciones que no fuesen las derivadas del cambio político, social y generacional global.

Como no se ocultará a ningún lector, en la política exterior de España hay, por supuesto, enormes diferencias entre las dos épocas indicadas, aunque no están inscritas tanto en la lógica del “modelo” cuanto en su entorno, interno e externo. Son dos las diferencias más importantes. En el franquismo la vinculación con Estados Unidos se utilizó para fortalecer la posición interna de la dictadura y generar loores al hombre providencial que había mantenido a España al margen de la segunda guerra mundial y que dirigía, con paso firme y mirada al frente, la modernización económica y social en beneficio de todos los españoles. Es lo que machacaba la propaganda de los “25 años de paz” y una de las imágenes que han quedado prendidas en el recuerdo, sobre todo en una gran parte de la derecha española, a pesar de que el análisis historiográfico ha demostrado su falsedad. En el segundo caso esta vertiente interna no es operativa (¡faltaría más!), salvo en la crucial medida en que del abrazo del gran aliado norteamericano se derivasen efectos de fortalecimiento del Gobierno y del partido dirigidos por un hombre de convicciones fuertes y cuyas decisiones, como líder, fueron convalidadas por ambos y por los propios ciudadanos (Aznar, *op. cit.*, pág. 150).

Más interés tienen las diferencias con respecto al entorno externo. En el franquismo las opciones tomadas se elevaron a la categoría de “gran estrategia”, en la acepción que a tal término dan los académicos de la Universidad de Yale. Fue claramente omnicomprendiva. No había alternativas al vínculo con Estados Unidos, cualquiera que fuese el coste en que hubiera de incurrirse. El único “anclaje” de una España sola, introvertida y fuera del mapa lo proporcionaron Estados Unidos, aunque la retórica franquista tendiera a velarlo: de ahí los cantos a la vertiente hispanoamericana, instrumentalizada sin el menor pudor, y a los lazos con el mundo árabe.

En el segundo caso el Sr. Aznar se encontró con una España que ya estaba en el mapa y anclada tanto en los mecanismos de seguridad y defensa occidentales (OTAN) como en lo que es hoy la Unión Europea y en sus ambiciones de jugar un papel relevante en la escena internacional. Ahora bien, siempre queda la aspiración a jugar una política de potencia, no la de un país “*de segundo orden*” que, según él, es la que gusta a esa izquierda a la que tantos denuestos dedica (Aznar, *op. cit.*, pág. 151). Para ello, y en términos funcionales, la asociación

estrecha con Estados Unidos era tan vital o más, si cabe, que en el franquismo.

La versión aznariana, de hirsuto corte neonacionalista, aspiró a extraer los máximos beneficios unilaterales de una vocación atlanticista (“*evidente*” por la geografía y por la historia). Fulminó contra las excepciones culturales (muestras de decadencia). Destacó el vigor iberoamericano, aunque moduló la relación preexistente para ponerla a su servicio (8). Realzó la penetración “hispana” hacia el corazón de la hiperpotencia a efectos de reforzar la aspiración a un liderazgo amplio. Adujo que habría que habilitar los medios necesarios que soportaran la proyección de influencia. Se olvidó un tanto de los mecanismos de seguridad interna dirigidos contra el terrorismo islamo-fundamentalista. Tampoco pudo contener la hemorragia de efectivos en los mecanismos últimos de disuasión externa (9). Con todo, la voluntad de querer ser alguien en Washington se defendió sin fisuras ni complejos. Y ante los socios, amigos o menos amigos, sólo se sería **alguien** situándose a la zaga de la política de la Administración Bush, en búsqueda de aliados que no planteasen problemas. Como en los años pretéritos, sólo que ahora más inquebrantablemente porque ya no existían las procesiones internas, ligadas a los desequilibrios contractualizados en la relación bilateral hispano-norteamericana y que poco a poco habían sido eliminados en los años de la UCD y de los denostados Gobiernos socialistas.

¿Cómo se manifestó el momento germinal de la escalada hacia una política de potencia, de la mano del presidente George W. Bush?. Ante todo en Naciones Unidas, en donde al decir del entonces representante mexicano, embajador Aguilar Zinser (entrevista con Ernesto Ekaizer, El País, 14 de julio de 2004), la misión diplomática española fue, desde antes de la entrada de España en el Consejo de Seguridad por dos años el 1 de enero de 2003, uno de los aliados incondicionales de Washington, con una posición rígida y un juicio ya hecho. En segundo lugar, en la Unión Europea, en donde impactó considerablemente y contribuyó a acentuar los efectos centrífugos que despertaba la intervención anglo-estadounidense en Irak. En tercer lugar, en la bofetada político-diplomática propinada a Francia, quizá en respuesta a la tibia actitud de París ante el incidente de Perejil y que debió incrementar las dudas en La Moncloa sobre la eficacia disuasoria de la Unión (10). Se vio, ciertamente, precedida de gestos premonitores. Finalmente, en el envío de un modesto contingente militar a Irak con finalidades humanitarias, pero con lo que pretendía demostrarse que España contribuía a defender a “*las democracias occidentales y muy en particular la democracia española*” (Aznar, *op. cit.* pág. 173). Poco más de un millar de efectivos debían actuar como vanguardia de una estrategia de altísimos vuelos.

¿Qué decir de los resultados?. El presidente Aznar apareció con frecuencia en las primeras páginas de la prensa internacional. En ciertos medios abundaron las menciones encomiásticas al nuevo papel de una España, no menos nueva, que no dudaba en echar un pulso fuerte al eje franco-alemán y que era uno de los pilares esenciales de una pretendida “nueva Europa”. Sin embargo, tras un momento culminante, que coincidió con la famosa reunión de las Azores, “el silencio demoscópico y mediático vuelve a hacerse sobre nuestro país cuando comienzan a hablar las armas y nuestro protagonismo, fundamentalmente diplomático, vuelve a ser menor” (11). Ello quizá provocara una cierta desilusión. No tardó en verse compensada adecuadamente.

El presidente Aznar habló ante el Congreso estadounidense en febrero de 2004. Hasta entonces sólo S.M. el Rey había tenido tal honor, en 1976, cuando en palabras vibrantes consolidó el firme apoyo al cambio político español por parte de la gran democracia norteamericana cuyo Ejecutivo no lo había encarado con un entusiasmo delirante. El caso del parlamento del Sr. Aznar fue, sin embargo, mucho menos notable. Al parecer sólo asistieron unos 50 de los 535 congresistas (12). Para rellenar los bancos vacíos hubo que recurrir a funcionarios y visitantes. Se afirmó, no obstante, con rotundidad que las relaciones personales con George W. Bush se estrecharon considerablemente y el Sr. Aznar le visitó con cierta frecuencia, incluso en su lugar de descanso. En las filas gubernamentales tocaron las campanas al vuelo y, claro está, se cubrió de oprobio a los discrepantes. Se ha recordado recientemente (“Cooperación militar”, La Vanguardia, 29 de julio de 2004) que una visita a Rabat del “entonces líder de la oposición llegó a ser calificada de traición por los sectores más afines al Gobierno español”. Se olvidó, sobre todo, lo más elemental: un país con una opinión pública profundamente dividida, y que en gran parte rechazaba el unilateralismo norteamericano, no podía ofrecer un respaldo demasiado sólido a un giro percibido como demasiado drástico.

El Sr. Aznar siguió sin cuestionarse la legalidad de la invasión ni la mendacidad de las justificaciones aducidas para arrastrar a las opiniones públicas occidentales (13). Tampoco aparece en sus recuerdos la constatación bastante simple de que una gran estrategia tiene tanto mayor calidad cuanto menores sean los sacrificios que su implementación ocasiona en la defensa del abanico de intereses de un país. En el caso español este abanico es hoy mucho más amplio y más complejo que durante la dictadura. No todos podría cubrirlos el paraguas de la Administración Bush.

El listón ideológico, político y operacional del Sr. Aznar tampoco llegó a la altura del puesto por su amigo Blair. No hay noticias de que el Gobierno popular considerase necesario realizar un ejercicio similar al que

subyace tras el informe Butler (14). Este, aunque escrito en el lenguaje eufemístico de los altos burócratas de Whitehall, contiene críticas a veces devastadoras (15). Gracias a Lord Butler y a sus colegas se conoce al menos que desde el primer momento los funcionarios británicos pusieron sobre la mesa el tema de la legalidad de una eventual guerra (párrafos 266-267), que el *attorney general* cambió de actitud (¿como una veleta?) (párrafos 374-378), que los factores de inteligencia no pesaron en el dictamen final (párrafo 379) y que lo que inclinó el fiel de la balanza fue el reconocido talento jurídico del primer ministro (párrafos 383-384), quien sin duda tenía motivos más que sobrados para no realizar precisamente una exégesis de corte académico.

En asunto de tal enjundia la opinión pública hace bien en tomar las afirmaciones de Bush y Cía. con toneladas de sal. Un distinguido político conservador, Lord Douglas Hurd, ex ministro del Interior y de Asuntos Exteriores, no ha tenido empacho en afirmar que el mundo es más peligroso tras la invasión anglo-norteamericana (16). Se liberó a Irak de la tiranía, sí, pero también se abrieron las compuertas al terrorismo y a la insurrección con resultados finales que todavía están por ver. La Administración Bush, caso de que su líder sea reelegido, por muy poco que lo merezca (17), siempre podrá meditar en el equivalente del dicho castellano de que, a largo plazo, todos calvos. Ello no obsta para que, al haber hecho depender el problema israelo-palestino de las consecuencias de la intervención en Irak, el futuro para la política norteamericana en el Oriente Medio se presente bastante sombrío, de no mediar un mayúsculo giro de timón.

Es bueno que la política esté basada en principios explícitos. Conviene, sin embargo, que éstos representen algo más que meras certidumbres ideológicas o funcionalidades actualizadas que no se avienen con la tozuda realidad, interna o externa. El intento aznariano de reanudar la gran estrategia del franquismo parece haber seguido el *dictum* de un autor pre-moderno, el jurista italiano Ludovico Zuccolo, allá por el año 1621: “Quien no ha bogado por el mar no presume de conocer el arte de la navegación; quien no ha hecho el menor esfuerzo musical no pretende comprender la imbricación de las notas y las tonalidades. Pero son pocos los hombres que, aunque no hayan gobernado nunca, se abstienen de juzgar la administración de los estados y de los imperios”. Esto fue aplicable en la época del despotismo ilustrado. En España fue incluso cierto durante la dictadura franquista. No es acorde con las exigencias de transparencia, responsabilidad y honestidad que una democracia avanzada y moderna está en derecho de plantear a quienes la gobiernan.

La formación de ese “*criterio propio*” que el Sr. Aznar proclama como meta y defiende como tal ante los ciudadanos implica la necesidad de adoptar una actitud crítica ante la posibilidad de que a éstos se les pueda dar

gato por liebre. Mientras se escribían estas líneas se ha barajado en los medios de comunicación el tema del contrato firmado por la embajada española en Washington con un bufete de abogados norteamericano especializado en relaciones públicas a fin de, entre otros objetivos, estimular el apoyo del Congreso a la concesión de su preciada medalla de oro al entonces presidente del Gobierno español. ¿Después de tantos servicios políticos y diplomáticos?

Con independencia de las muestras de indignación que han emanado de las filas populares por las implicaciones que una escarmentada opinión pública quizá pueda extraer de este episodio, hay que recordar que también en él se reanudaron planteamientos enraizados en el oscuro pasado franquista. En 1949 la embajada contrató a un abogado, Charles Patrick Clark, con la suma de 50.000 dólares anuales (más tarde aumentados) para que estimulara la actividad de un “lobby” pro-español. Poco después se contrató al bufete Cummings, Stanley, Fruitt & Cross con 24.000 dólares. Ambos recibieron, con parsimonia, cantidades no desdeñables para financiar actuaciones que ablandasen a los congresistas a favor de un acercamiento a la dictadura. Algunos burócratas madrileños se mesaron los cabellos ante comportamientos que ya entonces eran habituales en Estados Unidos pero que ellos no entendían, encerrados como estaban en las mores de un sistema político en el que las autoridades hacían casi todo lo que les venía en ganas. De tal actuación se desprendieron, no obstante, medidas legislativas norteamericanas de la mayor importancia para el régimen (y también para España). En la literatura se las ha identificado.

En el caso del Gobierno popular, el contrato de dos millones de dólares se firmó directamente con la firma Piper Rudnick (sin que mediaran ofertas alternativas). Al parecer, y como en el caso franquista, se siguieron los procedimientos administrativos correspondientes, incluida la autorización del Consejo de Ministros. Ahora bien, hasta el momento de escribir estas líneas **no** se ha demostrado documentalmente que sirvieran para otra cosa que no fuese para lograr que una mayoría de la Cámara de Representantes se inclinara por la concesión de la medalla (otorgada sin problemas a Blair). **Sí** se ha documentado, en cambio, que Piper Rudnick se dedicó precisamente a dicha tarea. La medalla está, hoy, empantanada en el Senado y las perspectivas para su aprobación no parece que sean demasiado halagüeñas. Vivir para ver.

Al dictar sus recuerdos o preparar el discurso de Navacerrada es improbable que el Sr. Aznar tuviera en cuenta el informe del congresista Henry A. Waxman, publicado bajo la autoridad de uno de los comités y de la división especial de investigaciones de la Cámara de Representantes. De haberlo hecho, hubiese podido colegir hasta qué punto el presidente Bush y su clique habían jugado, bastante

mendazmente, en el tema de Irak (18). Por ello, regurgitar la necesidad de eliminar la amenaza de los arsenales de destrucción masiva o de contribuir a mantener la autoridad de Naciones Unidas es difícil que dore la aureola con la que el ex presidente ha rodeado, en parte, su fallido intento de reanudar la gran estrategia del franquismo.

En realidad, nunca se trató de un enfoque de política exterior más o menos neo-franquista. Como ha recordado Antonio Elorza (19), de lo que se trataba era de conseguir que España quedase “en manos de la gente bien, como en tiempos de Franco”. Para ello, y gracias a la connivencia de ciertos medios de comunicación y el control de TVE, era extremadamente importante proyectar hacia el interior y hacia los círculos más influenciados de la ciudadanía la imagen rutilante de un líder, de un Gobierno y de un partido que eran aclamados por la Administración -¿temporal?- de la potencia hegemónica.

Colofón: una conferencia en Georgetown

A punto de imprimirse las reflexiones anteriores estalló en los medios de comunicación españoles la noticia de que el Sr. Aznar había empezado a impartir un curso en la Universidad de Georgetown, en Washington. En su lección inaugural, según noticias de prensa, habría dicho que *“yerran quienes piensan que los atentados sufridos en Madrid, el pasado 11 de marzo, están relacionados con el apoyo del Gobierno español a la guerra contra Irak. El problema con Al Qaeda viene de más atrás. Se remonta a hace más de 1.300 años”*.

Tan estrafalaria afirmación dio inmediatamente origen a innumerables comentarios. Muchos conllevaron hirientes descalificaciones. Otros la ligaron a la necesidad de inventar una coartada para el Gobierno que presidía y que fue derrotado pocos días más tarde en las urnas.

La ignorancia histórica, factual, del conferenciante de Georgetown no requiere de mayores comentarios. Con todo, es evidente que como todo español que ingresó en la Universidad hizo en su momento el bachillerato. Aunque no se acordara ya demasiado de la información básica que la segunda enseñanza suministra, es verosímil que ésta, a lo largo del tiempo y de las importantes funciones que el conferenciante fue desarrollando, tomase una coloración teñida más por la ideología que por la experiencia.

La experiencia de presidente del Gobierno no ha debido servirle. En la misma intervención, y siempre según la prensa, el conferenciante señaló que *“estamos en guerra no sólo con una banda o movimiento terrorista,*

sino con una ideología. Por tanto, con la búsqueda y captura de los terroristas no se acaba el problema. Hay que deslegitimar su causa. La guerra contra el terror sólo se ganará si al final somos capaces de eliminar la causa más profunda de su existencia: el odio contra la modernidad y los valores occidentales que emana en Oriente Medio con especial virulencia”.

Esta afirmación representa un estrechamiento considerable del ángulo de visión. Las razones de la crisis por la que atraviesa el Oriente Medio son muchas y escasos son los historiadores, politólogos y expertos que la interpreten de forma tan estrictamente monocausal, bien alejada de los intereses económicos, estratégicos, políticos e imperiales que penden sobre la zona. Es improbable que los despachos y telegramas que, sin duda, se habrán acumulado en su mesa de trabajo en La Moncloa, hayan hipertrofiado al grado máximo el elemento religioso. Pero, en conexión con su primera y rotunda declaración de índole histórica, permite establecer una hipótesis:

El conferenciante de Washington se sitúa, de lleno, en la pugna, lucha o combate de religiones. A un lado, los cristianos. Al otro, los hijos del Islam que amenazan los fundamentos mismos de Occidente y, por supuesto, los de España.

El Sr. Aznar habrá mamado, como tantos otros españoles, las curiosas interpretaciones de la historia patria tan caras al franquismo y que hicieron de la violación de la todavía inexistente España la fuerza motriz que dio impulso a una recuperación (reconquista) que duró la friolera de casi ocho siglos. Fue entonces cuando la España, territorialmente saneada, forjó su “unidad de destino” a base de religión, sablazos, intolerancia y autos de fé. No entró en ella fácilmente esa “modernidad” invocada por el conferenciante de Washington.

Esa España dura, pura, crisol de las esencias cristianas, abanderada de Occidente, es una España que existió verdaderamente, aunque por fortuna ya diga poco a las nuevas generaciones de españoles, nacidos aquí o inmigrados: fue la España de Franco. Con su canto a las más disparatadas interpretaciones de la Administración Bush, y con su canto al alma de la España imperial, ¿no se le habrán escapado al conferenciante algunos anhelos no confesables sino por elipsis?.

Notas

- (1) Impartido por primerísimas figuras tales como los profesores Paul Kennedy, John Lewis Gaddis y Charles Hill. Sobre este último véase David Brooks, “Learning to Think, and Live”, The New York Times, 20 de julio de 2004.
- (2) En este sentido, es de obligada consulta el trabajo de Sir Rodric Braithwaite, “End of the Affair”, Prospect, mayo de 2003. Sir Rodric fue embajador en Moscú y ex presidente del Joint Intelligence Committee en 1992-93. No se trata en modo alguno de un izquierdista lunático infiltrado en el “establishment”.
- (3) José Luis Barbería, “¿Hay vida después de Aznar?”, El País Domingo, 18 de julio de 2004.
- (4) La idea, por lo demás, aflora en los recuerdos del ex presidente: Ocho años de Gobierno, Planeta, Barcelona, 2004, pág. 150.
- (5) Véase el excelente libro del profesor Gabriel Cardona, El gigante descalzo. El ejército de Franco, Aguilar, Madrid, 2003.
- (6) Powell ha contado su mediación (cuarenta llamadas, dos días de trabajo, en total “*a silly story*”) en la revista GQ, junio de 2004 (consultable en <http://us.gq.com/plus>)
- (7) Andrés Ortega, “¿Quiere España ser una gran potencia?”, El País, 27 de octubre de 2003.
- (8) Celestino del Arenal, “El papel de España en las Cumbres”, Real Instituto Elcano, 28 de junio de 2004.
- (9) Miguel González, “Las Fuerzas Armadas han perdido casi 6.000 soldados en los últimos dos años”, El País, 23 de octubre de 2003.
- (10) El mejor tratamiento que conozco de este tema es el de Jörg Monar, “The CFSP and the Leila/Perejil Island Incident: The Nemesis of Solidarity and Leadership”, European Foreign Affairs Review, nº 7, 2002, págs. 251-255.
- (11) Javier Noya, “La imagen de Francia, Alemania y España en los EEUU”, Real Instituto Elcano, 8 de marzo de 2004, pág. 5.
- (12) Marco Schwartz, “Tres momentos de gloria”, El Periódico de Catalunya, 23 de julio de 2004.
- (13) Además de una serie de obras escritas por altos funcionarios de la Administración Bush, ya traducidas al castellano, los trabajos preliminares de la Comisión Nacional sobre los ataques terroristas a Estados Unidos se habían aireado en la prensa española. El aparecido el 16 de junio de 2004, Outline of the 9/11 Plot, semanas antes del discurso de Navacerrada, demostró que el régimen iraquí no había tenido nada que ver. En sus recuerdos, el ex presidente, op. cit., pág. 152, reitera simplemente que apoyó la intervención porque el régimen irakí no cumplía las resoluciones de Naciones Unidas.

- (14) Review of Intelligence on Weapons of Mass Destruction, The Stationery Office, Londres, julio de 2004.
- (15) Matthew Norman, “Like Jeeves, this Butler’s first language is Euphemism”, The Guardian, 17 de julio de 2004.
- (16) The Guardian, 16 de Julio de 2004: “It is time for Tony Blair to leave No. 10”.
- (17) José Manuel Calvo (“La última batalla de Bush”, El País Domingo, 29 de agosto de 2004) se ha hecho eco de manifestaciones privadas de este tenor de intelectuales conservadores norteamericanos.
- (18) Iraq on the Record. The Bush Administration’s Public Statements on Iraq, 16 de marzo de 2004 (consultable en <http://www.reform.house.gov/min>).
- (19) “¿Adónde va el PP?”, El País, 31 de julio de 2004.